

ICARO DE LAS TINIEBLAS

Bob Shaw

* * *

Bob Shaw, oriundo de Belfast, Irlanda del Norte, trasladado a Inglaterra huyendo de la guerra civil estallada en su país, es quizá más consciente que los mismos norteamericanos de lo que supone la gigantesca ola de violencia que azota el mundo contemporáneo. En *Dark Icarus* nos ofrece un ingenioso relato futurista en el que la gente posee la facultad cotidiana de volar por los aires mediante unidades individuales de antigraavedad, y las pesquisas que una policía de tráfico aéreo realiza en torno a un asesino que ha encontrado nuevos caminos para el crimen...

* * *

El cadáver del polizonte se deslizaba oblicuamente a una altura de unos tres mil metros, en dirección a la zona de control de Birmingham. Era una noche de invierno y la temperatura que imperaba a esa altura, por debajo de los cero grados, había agarrotado sus miembros y recubierto enteramente su cuerpo de una oscura escarcha. La sangre, que había fluido por entre el resquebrajado blindaje, habíase congelado sobre la especie de cangrejo que rodeaba el pecho del hombre con los émulos de pinzas. El cuerpo, en correcta posición de vuelo, se mecía indefenso a merced de incontrolladas corrientes, experimentando un extraño deslizamiento a través del espacio. Situado sobre la cintura, podía verse una insistente luz del tamaño de un guisante que parpadeaba en progresivo descenso, bajo una espesa capa de hielo.

Robert Hasson, sargento de la Policía del Aire, se encontraba más cansado e irritable que si hubiera realizado una jornada de ocho horas de vuelo. Había permanecido en el cuartel general hasta la hora del almuerzo, dictando y recibiendo informes, ocupado en formalidades con el propósito de obtener un balance de sus gastos y pagos en el curso de los dos últimos meses. Y entonces, justo cuando se disponía a marcharse a casa, bastante disgustado, fue requerido en la oficina del capitán Nunn para echar una nueva ojeada sobre el asunto de los Ángeles Wellwyn. Los cuatro Ángeles detenidos

–Joe Sullivan, Flick Bugatti, Denny Johnston y Toddy Thomas– se encontraban sentados a un lado del despacho, pudiendo verse todavía sobre sus cuerpos los engranajes de vuelo.

–Le diré qué es lo que me molesta de todo este asunto –decía Bunny Ormerod, el anciano abogado, con la actitud propia de su oficio–. La indiferencia rutinaria de la policía. La despreciativa dureza con que los rancios burócratas aceptan la trágica muerte de un niño. –Ormerod se volvió protectoramente hacia los cuatro Ángeles, con cierta complicidad en su gesto–. Uno podría llegar a pensar que se trata de cotidiana rutina.

Hasson se encogió de hombros.

–Así es, prácticamente –dijo.

Ormerod abandonó su boca a una indolente mueca, al tiempo que giraba el objetivo de la pequeña filmadora prendida de su camisa de seda hacia la figura de Hasson.

–¿Tendría la amabilidad de repetir esa declaración? –preguntó.

Hasson posó la mirada directamente sobre el objetivo del aparato registrador, ahora enteramente al descubierto.

–Prácticamente, cada día o cada noche, sucede que algún retrasado mental se ajusta un mecanismo contragravitatorio, se pone a volar a una velocidad de quinientos o seiscientos kilómetros por hora y, pensando que es Supermán, merodea por entre los bloques de viviendas. Entonces estás perdido. Y no exagero. Créame, yo no los condeno por cagarse en las paredes de los edificios. –Hasson advirtió que Nunn se removía tras su abarrotada mesa, pero continuó obstinadamente–. El asunto sólo nos concierne cuando comienzan a despanzurrar a la gente. Sólo entonces me pongo a perseguirlos.

–Usted los caza abajo.

–No hago otra cosa.

–Me refiero a la forma en que usted captura a estos niños.

Hasson miró a los Ángeles con frialdad.

–No veo aquí ningún niño. El más joven de esta banda tiene dieciséis años.

Ormerod dirigió una sonrisa de conmiseración hacia los cuatro Ángeles vestidos de negro.

–Vivimos en un mundo difícil y complejo, sargento –dijo–. Para un joven que tiene dieciséis años, no es fácil, precisamente a causa de su edad, la comprensión del mundo que lo rodea.

–Mierda –comentó Hasson. Miró nuevamente a los Ángeles y señaló a un rechoncho y barbudo mozalbete sentado tras ellos–. Tú, Toddy, acércate.

Los ojos de Toddy parpadearon brevemente.

–¿Para qué? –preguntó.

–Quiero que enseñes tus insignias a Mr. Ormerod.

–Ni hablar. No quiero –respondió Toddy con engreimiento –. Me parece un abuso.

Hasson suspiró, se dirigió hacia el grupo formado por los cuatro Ángeles, agarró a Toddy por las solapas y lo condujo hasta donde Ormerod estaba como si lo que arrastraba no fuera sino un fardo de cuero barato. Tras él se escuchó un rumor de frenéticas protestas y el crujido de las sillas al moverse, en tanto Toddy era arrancado del coto protector de sus compañeros. La oportunidad de expresar sus sentimientos mediante la acción, por limitada que ésta fuera, proporcionaba a Hasson una satisfacción cercana a cualquier efectiva terapéutica.

Nunn se irguió a medias y exclamó:

–Sargento, ¿qué supone usted que está haciendo?

Hasson: ignorándolo por completo, se dirigió a Ormerod.

–¿Ve este emblema? ¿La «F» grande con alas? ¿Sabe qué significa?

–Para mí no tiene más interés que lo que pueda significar su propia conducta, sargento –respondió Ormerod, al tiempo que una de sus manos, en un ademán pretendidamente casual, bloqueaba el objetivo de su pequeña filmadora. Hasson comprendió el gesto: la reciente legislación estipulaba que los tribunales rehusaran considerar cualquier evidencia filmada a menos que fuera entregado como prueba todo el carrete –y era evidente que Ormerod no quería registrar la existencia de la insignia.

–Échele una ojeada, ande. –Hasson repitió la descripción de la insignia para que fuera recogida por la grabadora de sonido adjunta a la fumadora–. Significa que nuestro niño entre comillas ha practicado actos sexuales agarrado a su presa en libre caída. Y está orgulloso de ello, ¿no, Toddy?

–¿Mister Ormerod? –Los ojos de Toddy se detuvieron suplicantes en la cara del abogado.

–Por su propio bien, sargento, creo que debería dejar marchar a mi cliente –dijo Ormerod. Su pequeña mano mariposeaba todavía frente al objetivo de la filmadora.

–Claro que sí. –De un zarpazo arrancó Hasson la filmadora de la camisa de Ormerod, dejando un agujero en su lugar, y la irguió frente al pecho de los Ángeles y sus ordenadas insignias. Apartó luego a Toddy de su lado y devolvió la filmadora a Ormerod con un amanerado y sarcástico gesto de cortesía.

–No debió hacerlo, Hasson. –Los aristocráticos modales de Ormerod comenzaban a dejar paso a la ira que permanecía oculta–. Su comportamiento explica a gritos que se trata de una venganza personal contra mi cliente.

Hasson rió.

–Toddy no es su cliente. Usted fue contratado por el padre de Joe Sullivan para intentar salvarlo de una acusación de homicidio impremeditado, y ocurre que el simplón de Toddy se encuentra en el mismo lío.

Joe Sullivan, sentado entre los otros tres Ángeles, abrió la boca para responder pero al punto cambió de idea. Parecía mejor preparado que sus compañeros.

–Vale, Joe –le dijo Hasson–. Recuerdas perfectamente que la voz cantante debe llevarla el picapleitos. –Sullivan pareció resentirse y guardó silencio con la mirada puesta sobre los azules nudillos de sus puños apretados.

–Me parece que no sacamos nada en claro –dijo Ormerod a Nunn–. Tengo que hablar en privado con mis clientes.

–Hágalo –soltó Hasson–. Dígales que se borren la pintura de guerra. ¿No es eso lo que le preocupa? A ver si la próxima vez me encuentro con algo mejor. –Aguardó impasible, en tanto Ormerod y dos policías acompañaban a los cuatro Ángeles fuera de la habitación.

–No le entiendo –dijo Nunn tan pronto como los otros hubieron salido–. ¿Qué es lo que cree estar haciendo exactamente? Ese chico puede declarar que usted lo ha estado maltratando...

–Ese chico, como usted lo llama, sabe dónde podemos encontrar al Fogonero. Todos ellos lo saben.

–Ha sido usted demasiado duro con ellos.

–No lo afirme tan aprisa. –Hasson sabía perfectamente cuándo se sobrepasaba y cuándo no, pero era demasiado obstinado para retractarse y reconocer sus excesos.

–¿Qué quiere decir? –Nunn hizo una mueca remilgada que, sin embargo no tenía nada de inofensiva.

–¿Por qué se me ha obligado a hablar con ese hato de chulos en esta oficina? ¿Qué pasa con los despachos disponibles en el piso de abajo? ¿Acaso sólo somos una banda de asesinos los que no hemos obtenido dinero del viejo Sullivan por bajo manga?

–¿Está usted diciendo que yo he aceptado dinero de Sullivan?

Hasson reflexionó un momento.

–No creo que sea ése su caso –dijo–. Permítame aclararle un punto. Sé a ciencia cierta que esos cuatro han volado con el Fogonero. Si pudiera estar solo con cualquiera de ellos, al menos media hora, entonces yo...

–Usted mismo se ha quemado, Hasson. Parece no darse cuenta de que no se puede ir por el mundo sin saber el suelo que se pisa. Usted es un policía del aire, y esto significa que la gente no quiere nada con usted. Hace cien años los automovilistas no aguantaban a la policía de tráfico sólo porque ésta los obligaba a

obedecer unas cuantas normas de sentido común; ahora cualquier persona puede volar por los aires, mejor incluso que los pájaros, y la gente se encuentra con que también hay policías por allí arriba, amargándolos, Has-son. Usted amarga a la gente y la gente le *odia* a usted.

–Eso no me quita el sueño.

–No pienso en ningún momento que tema usted los gajes del trabajo policial, Hasson. De veras que no. Sólo quiero decir que, en esa obsesión suya por el mítico Fogonero, usted quiere saltarse las reglas del juego.

Hasson empezó a excitarse, percatándose de que Nunn estaba llevando la conversación hacia un tema importante.

–El Fogonero es real –dijo–. Yo lo he visto.

–Tanto si existe como si no, voy a impedirle volar a usted.

–No puede hacer eso –exclamó Hasson súbitamente.

–¿Por qué no? –preguntó Nunn, mirándolo atentamente.

–Porque... –Hasson luchaba por encontrar los términos exactos, cualesquiera términos, cuando el comunicador esférico del escritorio de Nunn titiló con rojos destellos, indicando la presencia de un mensaje urgente.

–Sí –dijo Nunn en dirección a la esfera.

–Señor, hemos registrado una angustiada llamada automática –contestó una voz masculina–. Alguien vuela sin control a unos trescientos metros. Creemos que puede ser Inglis.

–¿Muerto?

–Hemos intentado establecer contacto por radio, señor, pero no contesta.

–Ya. Hay que evitar que cause algún accidente. Envíe alguien por él. Quiero un informe completo.

–Sí, señor.

–Yo subiré por él –dijo Hasson, lanzándose hacia la puerta.

–No podrá con el tráfico que hay a estas horas. –Nunn se puso en pie y dio una vuelta a la mesa–. Además, usted está cesante de vuelo. Ya se lo dije, Hasson.

Hasson pensó que estaba sobrepasando los límites de la especial indulgencia para con los miembros de la Patrulla Aérea.

–Si es Lloyd Inglis el que está arriba, subiré por él ahora mismo –dijo–. Y si está muerto... me prohibiré a mí mismo el poder volar. Permanentemente. ¿De acuerdo?

Nunn movió la cabeza indeciso.

–¿Quiere matarse?

–Tal vez. –Hasson cerró la puerta y corrió hacia sus aparejos de vuelo.

Dejando a sus pies la cúpula del cuartel general de policía, Hasson emergió a un firmamento llameante, surcado por innumerables ríos de fuego. La mayor parte del tráfico estaba compuesta por viajeros procedentes del sur, que regresaban de una agotadora jornada de trabajo; una minoría de usuarios provenía de diversos puntos ubicados en la agitada zona de control de Birmingham. Las luces intermitentes colocadas en hombros y tobillos de miles y miles de viajeros volantes chisporroteaban y parpadeaban, alterando su paralaje en virtud de las falsas olas de avance y retroceso a lo largo del constante flujo. Confundidas en la distancia, la proximidad y la lejanía conferían una apariencia de orden en forma de enhiestas columnas verticales. Hasson sabía, sin embargo, que la apariencia no correspondía a ninguna realidad... Había quienes se precipitaban en cruces y adelantamientos, concediendo la mínima atención posible a los cambios de luces y al contingente peligro de colisión. Eran justamente los que se consolaban a sí mismos pensando en la disminución progresiva de las posibilidades de choque con cualquier otro infractor; pues no era sólo propio de los habituales agentes de ventas trasnochadores el volar salvajemente. Estaba también el borracho, el drogado, el antisocial, el inepto, el suicida, el buscador de emociones fuertes, el criminal: toda una amplia gama de tipos que no estaban preparados para las responsabilidades inherentes al vuelo personal, en cuyas manos los aparejos antigraavitatorios se convertían en instrumentos de muerte.

Hasson puso al máximo de intensidad sus luminosas señales de policía. Con la pistola de tintura al alcance de la mano, Hasson ascendió con cautela, elevándose hasta que las luminosas estelas de la ciudad conformaron a sus pies un infinito laberinto de brillantes trazos regulares. Cuando el altímetro adosado a la pantalla de su visor le informó que se encontraba a una altura de doscientos metros, comenzó a prestar mayor atención a las funciones del radar. Se trataba de la altitud media que frecuentaba la mayor parte de los voladores. Sin embargo, continuó ascendiendo con creciente atención, ya inmerso en una densa oscuridad que podía albergar perfectamente el peligro de encontrarse de repente con otro ser lanzado a mortal velocidad. Los aéreos ríos de viajeros volantes se distinguían ahora como estratos separados. Pese a la tiniebla, aquéllos no evitaban las grandes velocidades, adelantándose unos a otros como fugitivas estelas de luz.

Al alcanzar poco más de los ochocientos metros, Hasson comenzó a sentir un leve relajamiento. Se encontraba enfrascado en el problema de cómo trasladar a Inglis cuando súbitamente, radar y alarmas sonoras le avisaron de algún peligro. Volvió la mirada en la dirección señalada por los alertas. Ante el terreno barrido por sus propios faros apareció la figura de un hombre volando sin luces, lanzado a extrema velocidad. Veterano en miles de lances parecidos, Hasson tuvo tiempo de calcular con un margen de escaso error su viraje. En la fracción de un segundo apuntó con su pistola y disparó una nube de indeleble tizne. El otro pasó a través de ella –rápido vislumbre de rostro pálido y azotado por la soberbia, y oscuros ojos incapaces de ver– y desapareció entre una estruendosa ráfaga de turbulencia. Hasson llamó al cuartel general e informó detalladamente del suceso, añadiendo de

su cosecha que el delincuente podía estar bajo el efecto de alguna sobredosis de droga. En un sector que alberga un millón de personas surcando los aires, era prácticamente imposible –y molesto– la captura del agresor; pero sus arreos de vuelo y equipo en general habían sido marcados a perpetuidad y la reposición de los mismos utensilios no estaba al alcance de todos los bolsillos.

Al alcanzar los tres mil metros, Hasson estabilizó la fuerza de su antigravitación y tomó una dirección hipotética que le sirviera de referencia para la 1ª búsqueda de Inglis, iniciando un deslizamiento horizontal con los ojos bien abiertos e interrogando la oscuridad que le rodeaba. Sus faros iluminaron una espesa neblina, descubriéndose inmerso en una zona de velada visibilidad que le hacía imposible detentar cualquier objeto situado más allá. La zona limitaba el vuelo personal que no fuera provisto de calentadores especiales; Hasson sintió que el frío comenzaba a traspasarlo. La corriente del tráfico quedaba abajo, cálida y segura.

Unos cuantos minutos más tarde el radar de Hasson registró la presencia de un objeto frente a él. Horadando la oscuridad con los faros alcanzó a descubrir la figura de Lloyd Inglis, que se deslizaba grotescamente por entre los ríos de negro aire. Supo al mismo tiempo que su amigo estaba muerto y comenzó a girar en torno suyo, respetando los límites de la interferencia de campo, hasta que descubrió la grieta en la placa pectoral de Inglis. La herida parecía haber sido producida por una lanza.

La última semana Inglis y Hasson patrullaban rutinariamente por los alrededores de Bedford cuando descubrieron un grupo de ocho voladores sin luz. La explosión de una pequeña linterna, desprendida de las manos de Inglis, permitió descubrir brevemente las siluetas, entre las cuales ambos hombres entrevieron el delgado contorno de una lanza. La tenencia de *cualquier* objeto sólido estaba prohibida para cualquier persona con aparejos de vuelo, pues representaba un serio peligro para los otros voladores y para cualquier caminante de tierra firme; es más, no era frecuente el uso de armas aun entre los delincuentes del aire. Todo parecía indicar que habían dado con el Fogonero. Extendiendo redes y lazos, Inglis y Hasson se lanzaron a su persecución. En el curso de la caza organizada perecieron dos personas: una de ellas, una joven mujer que también volaba sin luces, lanzada de cabeza contra uno de la banda; el otro había sido uno de los líderes del grupo, que acabó casi partido por la mitad al caer sobre la antena de una emisora de radio. Finalmente, todo cuanto los policías pudieron mostrar después de tantos inútiles esfuerzos era un grupo de cuatro segundones de los Ángeles

Wellwyn. El Fogonero, portador de la lanza, había desaparecido amparado en el anonimato.

Ahora, mientras inspeccionaba el cuerpo congelado de su antiguo camarada, Hasson comprendió que el Fogonero había actuado bajo el impulso de la venganza. Había identificado a sus víctimas a través del reportaje periodístico sobre el arresto de Joe Sullivan. Maldiciendo con tristeza y amargura, Hasson inclinó su cuerpo, quedando horizontal por el peso de sus útiles de vuelo. Súbitamente, se dejó caer sobre el rígido cadáver pasando los brazos en torno suyo; inmediatamente ambos cuerpos iniciaron un rápido descenso, a causa de la recíproca anulación de los campos antigravitatorios. No desconociendo los trucos de la libre caída, Hasson se esmeró para atar una cuerda a uno de los ojales del cinturón de Inglis, hecho lo cual

alejó el cuerpo de sí. Mientras los dos cuerpos se separaban más allá de la distancia de interferencia de campo, la violencia de la fuerza del aire en torno a ellos desaparecía gradualmente. Hasson consultó su posición y vio que había caído poco más de cien metros. Sujetó la cuerda largada a su cintura y se dirigió hacia el Oeste, en dirección a cualquier lugar donde pudiera descender mediante los conmutadores de nivelación. Muy por debajo de él se apreciaba el tráfico de la zona de control de Birmingham, arremolinándose como una galaxia de dorados tonos; pero Hasson –situado ahora en el centro de su propio universo, de blanca y neblinosa luz– se encontraba aislado de todo ello, absorbido por sus pensamientos.

Lloyd Inglis, el bebedor de cerveza, el amante de los libros, el nunca tacaño Lloyd – estaba muerto. Y antes que él otros habían caído: diaspar, Singleton, Larmor, y luego McMeekin. La mitad de los hombres que desde siete años atrás compusieron el equipo de Hasson había muerto en el cumplimiento de su deber... ¿y para qué? Para un policía era insoportable la existencia de esta humanidad agraciada con la libertad tridimensional que proporcionaban los utensilios de vuelo. Utilizando la propia gravedad de la Tierra, volviéndola contra sí misma, el vuelo había sido posible. Era algo fácil, no demasiado costoso, incluso divertido... e imposible de controlar. Tan sólo en las Islas Británicas había ocho millones de voladores individuales, y cada uno de ellos era como un superhombre impaciente por desatar su intemperancia y lanzarse en busca del ocaso sobre el curvo horizonte del mundo. La aviación había ido progresivamente desapareciendo del cielo, casi de la noche a la mañana, y no porque no fuera en definitiva una necesidad sino porque resultaba peligroso deslizarse entre núcleos atestados de insoportables novatos con su recién estrenado juguete. En cambio, el alado delincuente nocturno, el Icaro de las tinieblas, era el verdadero héroe de la época. ¿Dónde estaba la solución para un policía del aire?, se preguntaba Hasson. Quizás el tradicional concepto de policía, perro guardián de la responsabilidad ajena, no era ya del todo válido. Quizás el inevitable precio de la libertad consistiera en una lenta lluvia de cuerpos destrozados sobre la tierra, en tanto la hipotética autoridad iba menguando...

El ataque cogió a Hasson por sorpresa.

Sobrevino tan rápidamente que fue simultánea la doble peligrosidad de la alarmante cercanía y el desplazamiento del aire tras el cuerpo atacante. Hasson se dobló, vio la lanza negra, viró para esquivarla, recibió un terrible golpe tangencial producido por el viento y salió catapultado mientras giraba sobre sí mismo. Todo ello en la fracción de un segundo. La caída, causada por la momentánea interferencia de campos antigravitatorios, no había sido gran cosa. Desconectó los faros y luces de vuelo en un acto de precaución refleja; luego forcejeó para desasir sus brazos de la cuerda que lo unía al cadáver, ahora enrollada en torno suyo por efecto de su rotación. Cuando obtuvo cierta estabilidad permaneció completamente inmóvil, intentando darse cuenta de la situación. Su cadera derecha estaba resintiéndose desde el impacto, pero, dentro del margen que le permitían sus sensaciones, podía asegurar que ninguno de sus huesos se había roto. Se preguntó entonces si su atacante se habría marchado, satisfecho con un único embate, o si permanecía por allí en espera de continuar lo que no habría sido sino el comienzo de un duelo.

–Eres un tío rápido, Hasson –dijo una voz en la oscuridad –. Más rápido que tu compinche. Pero eso no te salvará.

–¿Quién eres? –gritó Hasson mientras buscaba el mando del radar.

–Lo sabes perfectamente. Soy el Fogonero.

–Eso es una horterada. –Hasson mantenía la firmeza de su voz mientras comenzaba a desplegar sus redes y lazos—. ¿Cuál es tu verdadero nombre? Te pregunto por el que puede leerse en los libros psiquiátricos que comentan tu caso.

La tiniebla ríe.

–Muy bien, sargento Hasson. Eres un chico impaciente: pretendes ganar tiempo, intentas amoscarme y quieres saber mi nombre. Todo a la vez.

–No necesito ganar tiempo. Acabo de lanzar un mensaje por radio.

–Quieres ganar el tiempo que tardarán en venir los encargados de encontrarte muerto.

–¿Por qué muerto? ¿Por qué quieres matarme?

–Porque te dedicas a cazar a mis amigos y a impedirles que vuelen.

–Son una amenaza para ellos mismos, y también para el resto de la gente.

–Eres tú quien los obliga a ser una amenaza. Te engañas a ti mismo, Hasson. Sólo eres un poli al que le gusta rastrear a la gente para acabar con ella. Voy a enviarte a tierra por ser tan buen poli: voy a enviaros a ti y a los lazos con los que quieres auxiliarte.

–¿Lazos? –gritó Hasson en dirección a la voz.

Hubo otra risa y el Fogonero empezó a cantar: «*Yo puedo verte en las tinieblas porque yo soy el Fogonero; puedo volar contigo aunque no adviertas que estoy ahí.*» Las conocidas palabras crecían chillonamente a medida que su origen se aproximaba. Y, repentinamente, iluminada por el tráfico que abajo circulaba y por las estrellas que chisporroteaban arriba, –Hasson distinguió la forma de un hombre corpulento. Advirtió algo espantoso e inhumano en sus mecanismos de volar.

Hasson, suspirando por el arma de fuego que le había sido denegada por la tradición de la policía británica, observó algo.

–¿Dónde está la lanza?

–¿Quién la necesita? Déjala estar.

El Fogonero extendió sus brazos y, aun en medio de la confusión, aun sin la menor referencia de puntos en el espacio, hízose evidente que aquel hombre era un gigante, un ser que no tenía ninguna necesidad de otras armas que las que la naturaleza le había concedido.

Hasson pensó en la lanza cayendo pesadamente sobre un concurrido suburbio tres mil metros más abajo, y un odio helado comenzó a serpear dentro de él

reconciliándolo con la futura pelea, a despecho de los resultados. Mientras el Fogonero se preparaba, Hasson volteó un lazo en lentos círculos, inclinando sus aparejos para contrarrestar la inercia que las vueltas del lazo provocaban. Alzó las piernas preparándolas para algún rápido golpe, al tiempo que acababa de desembarazarse de la cuerda que hacía del cuerpo de Inglis un fantasmal espectador de los acontecimientos. Sintióse nervioso y excitado, pero no particularmente asustado desde que el Fogonero había descartado el empleo de la lanza. El combate aéreo tenía características especiales que no se daban en el comúnmente sostenido sobre suelo firme, donde tenía primacía la participación de los instintos; el combate aéreo debía ser aprendido y practicado necesariamente, e incluso los mismos profesionales nunca abandonaban cierta inseguridad de aficionado, a despecho de la fuerza y la inteligencia del otro. El Fogonero, por ejemplo, había cometido un serio error al permitir a Hasson la estabilidad necesaria para el uso agresivo de sus piernas.

Pese a sus bravatas, el Fogonero, según se podía apreciar vagamente, vectoraba la nivelación de sus aparejos con apenas perceptibles movimientos de hombros. *Es un buen volador*, pensó Hasson, *aunque no sea tan bueno en la teoría del combate...*

El Fogonero cayó como una exhalación, aunque no tan rápido como debiera haberlo hecho. Hasson experimentó algo parecido a una desbordante lujuria cuando se contempló a sí mismo con tiempo suficiente para calcular y colocar su golpe justo donde quería. Había escogido un punto vulnerable, exactamente bajo el visor, y cuando propinó la patada su movimiento fue imprevistamente contrarrestado por la abrupta caída provocada por la mutua supresión de los dos campos contragravitatorios, conllevando empero suficiente energía como para reventar el cuello de un hombre. De cualquier modo que fuera había fallado y el Fogonero, al tiempo que apartaba la cabeza, asió la erecta pierna de Hasson. Ambos hombres cayeron de nuevo, ahora en condiciones desiguales, pues Hasson sujetaba todavía el cuerpo de Inglis, cuyo campo contragravitatorio se encontraba demasiado lejos para ser suprimido. Un segundo después, el Fogonero, usando la fuerza de sus enormes brazos, quebró la pierna de Hasson doblándola al revés por la articulación de la rodilla.

Aturdido por el dolor, Hasson sintió su cabeza sin fuerzas siquiera para pensar. Flotó en la negrura durante un tiempo indefinido, agitando los brazos incontroladamente, contraído su rostro en desesperada mueca. Lejanamente percibía el movimiento de la nebulosa espiral que se agitaba a miles de metros debajo de ellos; precisamente por allí, interponiéndose entre esa imagen lejana y su aturdida mirada, una oscura silueta se movía amenazan te. Una parte del cerebro de Hasson informó de que era imposible entretenerse con reacciones primarias; intentó desesperadamente recuperar el equilibrio físico, pensando que si la vida debía continuar para él sólo iría mediante el ejercicio de la inteligencia. Pero, ¿estaba en disposición de pensar cuando el dolor invadía su cuerpo un ejército que arrojara insoportables bombas de mortero continuamente sobre su cerebro?

En principio, se dijo Hasson a sí mismo, *debes zafarte de Lloyd Inglis*. Y comenzó a manipular el nudo que la cuerda formaba en la hebilla de su cinturón; entonces la voz del Fogonero sonó cerca de él, a sus espaldas.

–¿Cómo te gustaría, Hasson? –El tono de la voz era triunfal–. Eso es para mostrarte que puedo participar de *tu* propio juego. Pero podemos también intentar jugar al mío.

Hasson aceleró sus movimientos sobre el nudo, al tiempo que tiraba de la cuerda. El cuerpo de Inglis se encontraba ya próximo y finalmente apareció con su interferencia radial. Manteniéndolo en esa provechosa cercanía, Hasson e Inglis comenzaron a caer. Al instante, pudo verse al Fogonero lanzarse en picado sobre ellos, alargando un brazo y atrapando el cuerpo de Hasson, cayendo el trífido grupo en confuso descenso. Remolinos de fuego comenzaron a expandirse bajo ellos.

–*Este es mi juego* –cantaba el Fogonero en la conjunta caída–. *Puedo cabalgar sobre ti durante todo el camino hasta el suelo, porque yo soy el Fogonero.*

Hasson, conociendo los trucos típicos del aire, acalló su dolor y alcanzó el interruptor general de energía, pero dudó un momento sin atreverse a accionarlo. En la interacción de dos cuerpos, la extinción de un campo contragravitatorio restauraría al otro su normal funcionamiento, desatándose una fuerza que repelería a ambos entre sí. Éste era un dato previo en el juego del Fogonero, pues todo consistía en una prueba de nervios, en la que el continuo descenso y la recíproca anulación de campo contragravitatorio desafiaba la fortaleza y resistencia de los contrincantes. Aquí, sin embargo, la situación se complicaba por la presencia de Inglis, el silencioso compañero que ya había perdido: su campo contragravitatorio anulaba el de los otros dos, a despecho de la muerte de cualquiera, a me–nos que...

Hasson pudo liberar un brazo de la tenaza paródicamente lasciva en que lo tenía el Fogonero y atrajo hacia sí el cuerpo de Inglis. Tanteó buscando el interruptor general de energía del hombre muerto, pero sólo encontró una lisa capa de sangre helada.

Los antes lejanamente brillantes horizontes volvíanse cercanos, con su flujo de tráfico abriéndose como una planta carnívora. El aire, a causa de la velocidad de caída, rugía de manera ensordecedora. Hasson intentó romper el helado casquete que cubría el interruptor del artefacto de Inglis, pero instantáneamente el brazo del Fogonero se aferró en torno a su cuello, obligándole a torcer la cabeza.

–No conseguirás escaparte de mí –gritó al oído de Hasson–. No conseguirás huir como un cagón. Quiero comprobar lo bien que botas en el suelo.

Continuaban cayendo.

Hasson, todavía preso por el nudo que la cuerda formaba en la hebilla de su cinturón, se resintió del peso de Inglis y se dispuso a desembarazarse de él de una vez por todas. Sin embargo, pensó entonces que ganaría muy poco con ello. Cualquier niñato jugueteón mantendría la interferencia de campo hasta el último momento, pero hasta tan postrer instante que, aun con su mecanismo funcionando a la máxima potencia, el golpe contra el suelo sería inevitable. El Fogonero, conocedor de su resistencia, probablemente intentaba prevenirse de ser destrozado en el impacto. El juego era un desafío a muerte, de manera que deshacerse del cuerpo de Inglis no conducía a nada.

Habían descendido casi dos mil metros y les faltaban ya pocos segundos para penetrar en el campo de acción de los niveladores de las vías aéreas. El Fogonero comenzó a jadear con excitación, restregándose contra Hasson como un perro en celo. Sujetando a Inglis con la mano izquierda, Hasson usó la derecha para sujetar el extremo de la cuerda en torno al alzado muslo del Fogonero, anudándola violentamente. Todavía se encontraba en esta operación cuando irrumpieron en plena zona de tráfico. Las luces relampagueaban por todas partes y la vertiginosa galaxia se cernió sobre sus cuerpos. Los contornos de las calles podían apreciarse bajo ellos, divisándose claramente la circulación de tráfico rodado. Supo Hasson entonces que estaba cerca el momento en que el Fogonero liberaría el abrazo.

–Gracias por el paseo –gritó el Fogonero de súbito, con la voz entrecortada por efecto de la caída –. A ver si llegas pronto.

Hasson encendió sus faros y acabó de apretar el nudo, provocando la atención del Fogonero. Éste miró el nudo en torno a su muslo. Su cuerpo sufrió una convulsión al comprobar que era él y no Hasson quien permanecía sujeto al muerto y mortal policía del aire. Dio un empujón a Hasson y comenzó a arañar la cuerda. Hasson quedó libre a merced del viento, sabiendo que la cuerda resistiría aun ante la fuerza del gigantesco Fogonero. Al ponerse en funcionamiento el campo contragravitatorio, pareció que alas invisibles comenzaban a agitarse; entonces volvió la vista atrás. Vio ambos cuerpos cayendo, el uno gritando frenéticamente, rebasar el alcance de sus luces, rumbo a un mortal impacto con la tierra.

Hasson no disponía de tiempo para perderlo en introspecciones estériles su propio aterrizaje forzoso estaba a punto de suceder y requeriría de toda su destreza y experiencia para salir airoso y con vida–, pero no podía dejar de considerar que no le era satisfactoria la forma en que el Fogonero había encontrado la muerte. Nunn y los otros estaban equivocados con él.

–Aun así, –pensó durante los precipitados últimos segundos, –*he estado cazando como un halcón por demasiado tiempo. Este será mi último vuelo.*

Sin temor, se preparó para el irracional abrazo de la tierra.

FIN

Edición electrónica de diaspar. Málaga Marzo de 1999

©Terry Carr, 1975

De Viajeros del Tiempo

Ciencia–ficción 3

Luis de Caralt Editor S. A. 1976